

## LECCION XVIII.

**H**ijo. ¿De qué me quiere vd. enterar por última lección?

P. De los diferentes grados de la certidumbre, ó de la evidencia, de las conjeturas y de la analogía. Para esto me ceñiré à indicarte los diferentes grados de la certidumbre; pero como el desenrollo ó desentrañamiento de todo esto lo has visto ya en la lección del arte de raciocinar, me ceñiré á indicarte los diferentes grados de la certidumbre.

H. ¿Qué entiende vd. por grados de certidumbre?

P. La evidencia que llamo de razon, la evidencia de hecho, y la evidencia de sentimiento.

H. ¿A qué se reduce la evidencia de razon?

P. Se reduce únicamente á la identidad, que es lo que te he demostrado en la lección anterior. Esta verdad se ha ocultado à los filósofos, à pesar de su grande sencillez y del gran interes que tenían en asegurarse de la evidencia: de esta palabra que repetían sus labios continuamente.

Si yo sé que un triángulo es evidentemente una superficie terminada por tres líneas, es porque para cualquiera que entiende el valor de los términos, *superficie terminada por tres líneas*, quiere decir lo mismo que *triángulo*; pues al punto que se evidentemente lo que es un triángulo, conozco su esencia, y en virtud de ella puedo descubrir todas las propiedades de esta figura.

H. Si la evidencia de razon pende en la identidad, tambien serán de esta clase las verdades siguientes: que dos y dos son cuatro; pues equivale esta proposicion á esta otra: *que dos y dos es igual á dos y dos*: que el todo es igual á sus partes tomadas juntamente; pues esta proposicion no significa otra cosa sino *que un todo es igual á sí mismo*: que un todo es mayor que una de sus partes; pues corresponde á la de que *un todo es mayor que lo que es menor que él, &c?*

P. A la verdad todas tus proposiciones son de la clase de la evidencia de razon.

H. Veamos ahora qué viene á ser la evidencia de hecho.

P. Si conociese la esencia del oro como la del triángulo, veria igualmente todas las propiedades de este metal en su esencia; pues no siendo su peso, su ductilidad, su maleabilidad &c. mas que su esencia transformada, me ofreceria en su transformacion diferentes fenómenos: asi podria descubrir todas sus propiedades por un razonamiento que no seria sino una cadena de proposiciones idénticas; pero no conozco al oro como al triángulo: es cierto que cada proposicion que asiento en orden á este metal es verdadera en el caso de que sea idéntica: tal es: *el oro es maleable*: pues significa que *un cuerpo que he observado es maleable, y á quien llamo oro, es maleable*; proposicion en que la misma idea se afirma por sí misma. Si hago sobre un cuerpo muchas proposiciones igualmente verdaderas, afirmo en cada una lo mismo de la misma manera; mas no columbro la identidad

que tiene una proposicion con otra: y aunque el peso, la ductilidad y la maleabilidad no sean realmente sino una cosa misma, que se transforma diferentemente, con todo yo no lo veo. Asi no podrè arribar al conocimiento de estos fenómenos por la evidencia de razon: y como no los conozco hasta despues de haberlos observado, llamo tan solo evidencia de hecho à la certidumbre que tengo de ellos.

H. ¿Supongo que la certidumbre que tenemos de que hay una ciudad que se llama Pequín, de que hay un reino que se llama Japon, y otras de esta especie, se deberán llamar tambien evidencias de hecho?

P. Si por cierto; pero ten presente que en los hechos que juzgamos en consecuencia de los testimonios de otro, hay unos que son como si los hubieramos observado nosotros mismos, y que hay otros que son muy dudosos. Entonces la tradicion que los trasmite es mas ó menos cierta à proporcion de la naturaleza de los hechos, del caracter de los testigos, de la uniformidad de sus relaciones, y de la conformidad de las circunstancias.

H. ¿A qué llama vd. evidencia de sentimiento?

P. Al conocimiento cierto de los fenómenos que observo en mí, pues por el sentimiento conozco estos hechos: tambien se podria llamar *evidencia de hecho*.

H. Una vez que la evidencia de razon demuestra la existencia de los cuerpos, que las cualidades absolutas de los cuerpos están fuera del alcance de nuestros sentidos, y que no podemos conocer de ellas sino sus cualidades re-

lativas: se sigue, que todo hecho descubierto no es sino una relacion conocida.

P. Sin embargo, decir que los cuerpos tienen cualidades relativas, es decir que son algo relativamente los unos respecto à otros; y decir que son algo los unos respecto à otros, es decir que son cada uno algo de absoluto independientemente de toda relacion. Luego la evidencia de razon nos enseña que hay cualidades absolutas, y por consiguiente cuerpos, pero no nos enseña sino que existen.

H. Como estoy íntimamente convencido de la necesidad que hay de la exactitud del lenguaje para raciocinar bien, deseo conocer à fondo lo que quieren decir las palabras, que son tan comunes en este pueblo de Bergara de *fenómenos, observaciones, esperiencias*.

P. Se entiende propriamente por fenómenos los hechos, que son una consecuencia de las leyes de la naturaleza, y estas mismas leyes son otros tantos hechos. El objeto de la fisica es el conocer estos fenómenos, estas leyes, y el desentrañar en cuanto sea posible su sistema; con este objeto se fija una atencion particular sobre los fenómenos; se les examina por todas sus relaciones, sin olvidar la menor circunstancia; y cuando uno está asegurado de ellos por haber observado bien, se les dá el nombre de *observaciones*; mas para descubrirlos no siempre basta el observar: asi es menester tambien despejarlos por diferentes medios de todo cuanto los oculta, aproximarlos à nosotros, y ponerlos al alcance de nuestra vista; y a esto se llama *esperiencias*.

H. Ahora se bien la diferencia que se de-

be hacer entre fenómenos, observaciones y experiencias, y sin duda sabré igualmente dentro de poco el aprecio que debo hacer de las conjeturas y de la analogía; pues me ha anunciado vd. estos puntos para la lección en que estamos.

P. Sabe pues que es muy raro pueda llegarse de un golpe á la evidencia: así en todas las ciencias y en todas las artes se ha empezado como á tientas. En virtud de ciertas verdades conocidas se sospechan otras, de quienes todavía no se tiene seguridad; estas sospechas se fundan en circunstancias, que indican mas bien lo verosímil que lo verdadero, pero muchas veces nos ponen en el camino de los descubrimientos, porque nos enseñan lo que debemos observar, y esto es lo que se entiende por la palabra *conjetura*.

La clase mas débil de las conjeturas es aquella que asegura una cosa sin mas fundamento, que no alcanzarse la razón por que no puede dejar de ser: así en el caso de admitirse alguna vez esta especie de conjeturas, no debe ser sino como suposiciones que necesitan confirmarse, y por esto es preciso hacer observaciones y experiencias.

Parece que tenemos fundamentos para creer que la naturaleza obra por los medios mas sencillos; en su consecuencia se han inclinado los filósofos á juzgar que entre los muchos medios, por los que puede producirse una cosa, debe haber elegido la naturaleza aquellos que tiene por mas sencillos; pero esta conjetura solo tendrá lugar cuando seamos capaces de conocer todos los medios con que puede obrar

la naturaleza y juzgar de su sencillez, lo que no sucede sino muy rara vez.

H. ¿En qué grado pues de verosimilitud colocaremos las presunciones?

P. Entre la evidencia y la analogía, la cual por lo ordinario no es sino una débil conjetura; pero es menester distinguir en la analogía diversos grados, según las relaciones de semejanza en que las fundamos según las relaciones que tienen los medios con el fin, y según las relaciones que tienen las causas con los efectos, ó los efectos con las causas.

H. ¿De qué clase será esta analogía, *la tierra está habitada*; luego los planetas lo están?

P. De la mas débil; porque solo está fundada sobre la relación de semejanza; pero si se repara en que los planetas tienen revoluciones diurnas y anuales, y por consiguiente que son sucesivamente iluminadas y calentadas sus partes, parece que la Providencia nos da á entender en algun modo que ha dispuesto este orden periódico para la conservación de algunos habitantes; y esta analogía fundada en la relación que hay entre los medios y el fin, tiene mas fuerza que la primera. No obstante aunque pruebe que la tierra no es la única habitada, no prueba que todos los planetas lo son; pues lo que el Autor de la naturaleza repite en muchas partes del universo con un mismo fin, puede ser que algunas veces no lo permita sino como una consecuencia del sistema general; y puede suceder tambien que una revolución convierta un planeta habitado en un desierto.

*H.* La analogia que se funda en la relacion de los efectos con la causa, ó de la causa con los efectos, será la que tenga mas fuerza?

*P.* Esa si que es buena; pues suele llegar à ser una demostracion, quando està confirmada por el concurso de todas las circunstancias.

Es una evidencia de hecho, que la tierra experimenta revoluciones diurnas y anuas: y es una evidencia de razon, que estas revoluciones pueden ser efecto del movimiento de la tierra, del sol, ó de ambos. Pero observamos que los planetas describen órbitas al rededor del sol, y nos aseguramos igualmente mediante la evidencia de hecho, que algunos tienen un movimiento de rotacion sobre su eje, mas ó menos inclinado: ahora bien, consta por la evidencia de razon, que esta doble revolucion debe necesariamente producir dias, estaciones y años; luego debemos concluir, que la tierra tiene una doble revolucion, supuesto que tiene dias, estaciones y años.

Ya ves que esta analogia supone que los mismos efectos tienen las mismas causas; de cuya suposicion no se puede dudar si està confirmada por nuevas analogias y por nuevas observaciones. De este modo se han conducido los buenos filósofos: asi en caso de que se aspire à raciocinar como ellos, el mejor medio será estudiar los descubrimientos que se han hecho desde Galileo hasta Newton.

Has podido notar en todo el discurso de nuestras lecciones que hemos procurado raciocinar siguiendo este método; pues hemos observado la naturaleza, la qual nos ha enseñado el análisis; con cuyo auxilio nos hemos

estudiado à nosotros mismos: y habiendo descubierto por un encadenamiento de proposiciones idénticas que nuestras ideas y facultades no son otra cosa sino la sensacion que toma diferentes formas, nos hemos asegurado del origen y generacion de unas y otras.

Hemos visto que el despliegue ó desenrollo de nuestras ideas y de nuestras facultades no se hace sino por el medio de signos, y que sin ellos no se haria; que por consiguiente nuestro modo de raciocinar no puede corregirse sino corrigiendo el language, y que todo el arte se reduce à formar bien la lengua de cada ciencia.

Finalmente, hemos probado que las primeras lenguas fueron bien hechas en su origen, porque la metafisica que dirige su formacion no era una ciencia como hoy, sino un instinto dado por la naturaleza: en este supuesto, de la naturaleza es de quien debemos aprender la verdadera lógica, que es cuanto tengo que decirte en lo que mira à la obra de Condillac, quien me ha dictado casi todo lo que te he dicho en mis lecciones.

*H.* Mi corazon le da à vd. mil gracias por la molestia que se ha tomado en instruirme: vd. ha hecho lo posible para inspirarme el deseo de buscar la verdad, y me ha enseñado el camino que debo tomar para llegar à ella: si yo me descarrio, nadie tendrá la culpa sino yo, que me olvido de los consejos de vd.: así sufrirè solo el castigo de vivir en el error, que es una de las mayores desgracias que puede sobrevenir al hombre.

*P.* Supuesto que conoces que el vivir en el error es una de las mayores desgracias que

puede sobrevenir al hombre, para que te sea aun mas difícil incidir en él, voy à transcribir un trozo sublime de la aritmética moral del gran Buffon, vertido en nuestro idioma por el elegante traductor y sabio D. José Clavijo, y es el siguiente.

”La principal y mas sana parte del moral, es mas bien una aplicación de las máximas de nuestra divina religion, que una ciencia humana; y yo no tendria el atrevimiento de entrometerme en materias en que todos nuestros principios son la ley de Dios, y la fe nuestro cálculo. El rendimiento profundo, ó, por hablar con propiedad, la adoracion que el hombre debe á su Criador, y la caridad fraterna, ó mas bien el amor que debe á su prójimo, son sensaciones naturales y virtudes impresas en una alma virtuosa. Todo lo que se deriva de este manantial puro, lleva consigo el caracter de la verdad, siendo su luz tan viva, que el prestigio del error no puede oscurecerla, y tan grande su evidencia, que ni admite raciocinio, deliberacion, ni duda, ni tiene mas medida que la convicción.

1 Mi objeto en este ensayo es medir la cosas inciertas, y dar algunas reglas para apreciar las relaciones de verosimilitud, los grados de probabilidad, el valor de los testimonios, la influencia de las casualidades y el inconveniente de los riesgos, y tambien para formar juicio del valor real de nuestros temores y de nuestras esperanzas.

2 Hay verdades de diferentes géneros, certezas de varios órdenes y probabilidades de grados diversos. Las verdades que son pura-

mente intelectuales, como las de la geometria, se reducen todas á verdades de definicion. Para resolver el mas difícil problema no se necesita mas que entenderle bien; y en el cálculo y en las demas ciencias puramente especulativas, la única dificultad es distinguir lo que nosotros habemos puesto en ellas, y desatar los nudos que el entendimiento humano ha procurado estrechar en virtud de las definiciones y suposiciones que sirven de fundamento y de trama à estas ciencias. Todas sus proposiciones pueden demostrarse siempre con evidencia, porque se puede siempre subir desde estas proposiciones à otras antecedentes que las son idénticas, y desde estas à otras hasta las definiciones. Por esta razon la evidencia, propriamente llamada así, pertenece á las ciencias matemáticas, y únicamente pertenece à ellas; porque se debe distinguir la evidencia del raciocinio, de la evidencia que nos entra por los sentidos, esto es, la evidencia intelectual, de la intuicion corporal: no siendo esta mas que una aprension clara de objetos ó de imágenes, y aquella una comparación de ideas semejantes ó idénticas, ó, por mejor decir, la percepcion inmediata de su identidad.

3 En las ciencias físicas à la evidencia se sigue la certeza. La evidencia no es capaz de medida, porque no tiene mas que una sola propiedad absoluta, que es la negacion sencilla ó la afirmacion de la cosa que demuestra; pero la certeza, no siendo nunca positivamente absoluta, tiene relaciones que se deben comparar, y cuya medida puede apreciar-

se. La certeza física, esto es, la certeza mas constante de todas, no es sin embargo mas que la probabilidad casi infinita de que un efecto ò un acontecimiento que nunca ha dejado de suceder, sucederá todavía otra vez: por ejemplo, supuesto que el sol ha salido siempre, es físicamente cierto que saldrá mañana: el haber existido es una razon para existir, asi como para dejar de existir es razon el haber empezado à existir; y por consiguiente no puede decirse que sea igualmente cierto que el sol saldrá siempre, à menos de incurrir en el error de suponerle una eternidad antecendente, igual á la perpetuidad subsequente, pues de otro modo tendrá fin, respecto à que tuvo principio. Por esta misma regla, no debemos juzgar de lo venidero sino en virtud de lo pasado. Cuando una cosa ha existido siempre ò siempre se ha hecho de un mismo modo, debemos estar seguros de que existirá, ó se hará siempre de la misma manera: debiendo advertir que por *siempre* entiendo un espacio de tiempo muy dilatado, y no una eternidad absoluta, no pudiendo nunca el *siempre* venidero ser mas que igual al *siempre* pasado. Lo absoluto, de cualquier género que sea, no compete á la naturaleza ni al espíritu humano. Los hombres han mirado como efectos ordinarios y naturales todos los sucesos que tienen esta especie de certeza física: un efecto que siempre resulta no nos admira; y por el contrario, un fenómeno que nunca se hmbiera visto, ò que habiéndole visto siempre de un mismo modo, dejase de manifestarse, ó se manifestase de un me-

do diferente, nos asombraría con razon, y sería un suceso tan estraordinario para nosotros, que le mirariamos como sobrenatural.

4 Estos efectos naturales que miramos sin sorpresa, tienen no obstante quanto es necesario para asombrarnos. ¡Què concurso de causas, qué conjunto de principios no son necesarios para producir un solo insecto, una sola planta! ¡Què prodigiosa combinacion de elementos, de movimientos y de muelles en la máquina animal! Las obras mas pequeñas de la naturaleza son asuntos de la mayor admiracion. Si no nos asombramos de todos estos prodigios, consiste en que hemos nacido en un mundo de maravillas: en que las habemos visto siempre: en que nuestro entendimiento y nuestros ojos están igualmente acostumbrados á ellas; y finalmente, en que todas han existido antes y subsistirán todavía despues que nosotros. Si hubiésemos nacido en otro mundo, con otra forma corporal, y con otros sentidos, hubieramos tenido otras relaciones con los objetos exteriores: hubieramos visto otras maravillas, y no nos hubieran admirado. Las unas y las otras estan fundadas en la ignorancia de las causas y en la imposibilidad de conocer la realidad de las cosas, de las cuales únicamente nos es permitido entender las relaciones que tienen con nosotros mismos.

De aqui se deduce que hay dos modos de considerar los efectos naturales: el primero, verlos tales cuales se presentan, sin atender à sus causas, ó por mejor decir, sin indagarlas; y el segundo, examinar los efectos con el fin de atribuirlos à sus causas y principios.

Estos dos aspectos son muy diferentes, y producen diversos motivos de admiracion, el uno nos causa sorpresa, y el otro escita nuestro asombro.

5 No hablaremos aqui del primer modo de considerar los efectos de la naturaleza. Por incomprendibles y complicados que estos nos parezcan, siempre los juzgaremos como los mas evidentes y mas simples, y únicamente por sus resultas. Nosotros no podemos concebir ni aun imaginar, por ejemplo, por qué razon la materia se atrae, y nos contentamos con estar seguros de que se atrae efectivamente; y de esto inferimos que siempre se ha atraído, y que continuará siempre en atraerse. Lo mismo digo de los demas fenómenos de todas especies: por mas increíbles que nos parezcan, los creemos, si estamos seguros de que han acaecido con gran frecuencia; dudaremos de ellos si han faltado tantas veces como han sucedido; y en fin los negaremos, si creemos estar seguros de que no se han verificado nunca: en una palabra, á proporcion que los habremos visto y reconocido, ó que habremos visto y reconocido lo contrario.

Pero si la esperiencia es la base de nuestra instruccion fisica y moral, la analogia es el primer instrumento de que se vale. Así, cuando vemos que una cosa sucede constantemente de cierto modo, estamos seguros por nuestra esperiencia de que volverá á suceder del modo mismo; y cuando nos refieren que una cosa ha sucedido de tal ó tal modo, si estos hechos son análogos á los otros que conocemos por nosotros mismos, los creemos des-

de luego; por el contrario, si el hecho no tiene ninguna analogia con los efectos ordinarios, esto es, con las cosas de que tenemos noticia, debemos dudar de él; y si directamente se opone á lo que conocemos, no titubeamos en negarle.

6 La esperiencia y la analogia pueden darnos certezas diferentes casi iguales, y á veces de un mismo género: por ejemplo, yo estoy tan cierto de la existencia de la ciudad de Constantinopla que no he visto nunca, como de la existencia de la Luna que he visto tantas veces; y esto porque los testimonios en gran número pueden producir una certeza casi igual á la certeza fisica, cuando recaen sobre cosas que son enteramente análogas á las que conocemos. La certeza fisica debe medirse por un número inmenso de probabilidades, respecto que esta certeza resulta de una serie constante de observaciones que componen lo que se llama *esperiencia de todos los tiempos*. La certeza moral se debe medir por un menor número de probabilidades, pues no supone sino cierto número de analogias con las cosas que conocemos.

Suponiendo un hombre que nunca hubiese visto ni oído, veamos como se producirian en su espíritu la creencia y la duda. Supongamos que goza por la primera vez del aspecto del sol, que le vé brillar en lo alto del cielo, declinar despues, y al fin desaparecer: ¿qué podrá inferirse de esto? Nada, sino que ha visto el sol, que le ha visto correr cierto espacio, y que ya no le vé. Pero este astro vuelve á aparecer y desaparecer al día siguiente.

te: esta segunda vision es una primera esperiencia que debe producir en él la esperanza de volver à ver el sol, y empieza à creer que podrá volver, aunque lo duda mucho. El sol se manifiesta nuevamente: y esta tercera vision es una segunda esperiencia que disminuye la duda à medida que aumenta la probabilidad de un tercer regreso. Una tercera esperiencia la aumenta de suerte que casi no duda ya que el sol volverá la cuarta vez; y en fin, cuando haya visto à este astro de luz aparecer y desaparecer regularmente diez, veinte, cien veces consecutivas, tendrá por seguro que le verá siempre aparecer, desaparecer y moverse del mismo modo. Cuantas mas observaciones semejantes tuviere, tanto mayor será la certeza de ver salir el sol al día siguiente: cada observacion, esto es, cada día, produce una probabilidad, y la suma de estas probabilidades reunidas, cuando es muy grande, compone la certeza fisica; y, por consiguiente se podrá espresar esta certeza por números, contando desde el origen del tiempo de nuestra esperiencia, y lo mismo será respecto de los demas efectos de la naturaleza: por ejemplo, si se quiere reducir aquí la antigüedad del mundo y de nuestra esperiencia à seis mil años, el Sol no ha salido para nosotros sino 2 millones 190 mil veces, y como contando desde el segundo día que salió, las probabilidades de salir al día siguiente aumentan como la serie 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64...ò  $2^{n-1}$ . Se tendrá (cuando en la serie natural de los números,  $n$  es igual à 2.190000), se tendrá digo,  $2^{n-1} = 2^{2189999}$ , lo

cual es ya un número tan prodigioso que no podemos formarnos idea de él; y por esta razon debe considerarse la certeza fisica como compuesta de inmensas probabilidades, pues postergando al principio de la creacion solamente dos mil años, esta inmensidad de probabilidades llega à ser 2.<sup>2000</sup> veces mas que 2.<sup>2189999</sup>.

Pero no es tan facil apreciar el valor de la analogia, ni por consiguiente hallar la medida de la certeza moral, siendo à la verdad el grado de probabilidad el que da la fuerza al racionio analógico; y la analogia en sí misma no es mas que la suma de las relaciones con las cosas conocidas: con todo, segun que esta suma ò esta relacion en general sea mas ò menos grande, será mas ó menos segura la consecuencia del racionio, sin que por esto sea nunca absolutamente cierta: diceme por ejemplo, un testigo à quien tengo por hombre de luces, que en la ciudad acaba de nacer un niño: yo le creeré sin dudar, porque el hecho del nacimiento de un niño nada incluye que no sea ordinario, y antes bien tiene infinitas relaciones con cosas conocidas, esto es, con el nacimiento de todos los demas niños; y así creeré este hecho aunque sin estar absolutamente cierto de él: si el mismo hombre me dice que el tal niño nació con dos cabezas, tambien le creeré, aunque mas débilmente, porque un niño con dos cabezas tiene menos relacion con las cosas conocidas: si me añade que el recién nacido, no solamente tiene dos cabezas, sino tambien seis brazos y ocho piernas, yo tendría justa

razon para que me costase trabajo creerle, y sin embargo, por débil que fuese mi creencia, no se la podria re isar enteramente, porque este monstruo, aunque muy extraordinario, se componia no obstante de partes que tienen todas alguna relacion con las cosas conocidas, sin haber en ellas de extraordinario mas que el conjunto y el número. La fuerza, pues, del raciocinio analógico será siempre proporcional á la misma analogía, esto es, al número de relaciones con las cosas conocidas; y para hacer un buen raciocinio analógico sólo se necesitará enterarse bien de todas las circunstancias, compararla con las circunstancias análogas, sumar el número de estas, tomar despues un modelo de comparacion, al cual se referirá el valor hallado, y se tendrá exactamente la probabilidad, esto es, el grado de fuerza del raciocinio analógico.

8. Hay segun esto una distancia prodigiosa entre la certeza física y la especie de certeza que puede deducirse de la mayor parte de las analogías: la primera es una suma inmensa de probabilidades que nos obliga á creer: la segunda solo es una probabilidad mayor ó menor, y á veces tan corta que nos deja perplejos. La duda es siempre en razon inversa de la probabilidad, esto es, que es tanto mayor cuanto la probabilidad es mas pequeña. En el orden de las certezas producidas por la analogía, debe colocarse la certeza moral, la cual aun parece ocupa el medio entre la duda y la certeza física; y este medio no es un punto, sino una linea de grande estension, y cuyos estremos es muy difícil determinar. Bien se deja conocer que la certeza moral depende de

cierto número de probabilidades; pero resta saber qué número sea éste, y si podemos nosotros determinarle con la misma exactitud con que hemos representado el de la certeza física.

Despues de haber reflexionado sobre esto, è imaginado que de todas las probabilidades morales posibles, la que mas sensacion hace en los hombres, por lo general, es el temor de la muerte, inferi desde luego que todo temor ó toda esperanza, cuya probabilidad sea igual á la que produce el temor de la muerte, puede tomarse en lo moral por la unidad á que se debe referir la medida de los demas temores; y del mismo modo he referido á aquella unidad la medida de las esperanzas, pues no hay mas diferencia entré la esperanza y el temor que la del positivo al negativo, por lo que las probabilidades, tanto del temor como de la esperanza, deben ser medidas del mismo modo. Bajo este concepto quiero indagar cual es realmente la probabilidad de que un hombre que está sano, y que por consiguiente no tiene ningun temor de la muerte, muera no obstante dentro de veinte y cuatro horas. Consultando las tablas de mortalidad, veo poder deducirse de ellas que sólo se pueden apostar diez mil ciento ochenta y nueve contra uno, á que un hombre de cincuenta y seis años vivirá mas de un dia; y siendo así que todo hombre de esta edad, en la cual la razon ha adquirido toda su madurez, y la esperiencia toda su fuerza, no tiene sin embargo ningun temor de morir dentro de veinte y cuatro horas, no obstante que solo se pueden apostar diez mil ciento ochenta y nueve contra uno, á que no